

## CAPÍTULO 19

En casa, le abrió la puerta Nikolái, todo despeinado y con un libro en la mano.

—¿Ya? — exclamó lleno de alegría —. ¡Qué pronto!

Sus ojos pestañeaban con viveza, cariñosamente, tras los cristales de sus gafas; la ayudó a quitarse el abrigo y, mirándola a la cara con afectuosa sonrisa, le dijo:

—¿Sabe usted?, anoche vinieron a hacer aquí un registro. Yo me preguntaba: ¿por qué será esto? Temí que le hubiese ocurrido algo a usted, pero no me detuvieron. Y si a usted la hubiesen detenido, ¡no me habrían dejado a mí en libertad...!

La condujo al comedor y continuó animadamente:

—De todos modos, me han despedido. No me preocupa. Estaba ya cansado de hacer listas de aldeanos que no tienen caballos.

El aspecto de la habitación era tal, que se hubiera dicho que unas manos vigorosas, con necio arrebató, habían sacudido desde la calle los muros de la casa hasta dejarlo todo revuelto y en desorden. Los retratos estaban tirados por el suelo, arrancado y colgando en jirones el papel de las paredes, levantada una tabla del entarimado, descajada una contraventana; ante la hornilla, las cenizas derramadas. Al ver aquel espectáculo, ya conocido, la madre movió la cabeza y miró fijamente a Nikolái; percibía en él algo nuevo.

En la mesa, junto al samovar apagado, había vajilla sucia, salchichón y queso sobre unos papeles, en vez de platos; esparcidos por la mesa se veían trozos y migajas de pan, libros y los carbones apagados del samovar. La madre sonrió, y Nikolái, confuso, hizo lo propio.

— Yo he completado el cuadro del pogrom, pero... ¡no importa, Nílovna, no importa! Pienso que han de venir otra vez, y por eso no he recogido nada. Bueno, ¿qué tal el viaje?

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

La pregunta le dolió a la madre, como si le hubieran dado un golpe en el pecho; ante ella surgió de nuevo la imagen de Ribin, y se sentía culpable por no haber hablado de él en seguida. Inclineda en la silla, se acercó a Nikolái, y tratando de conservar su serenidad, temiendo olvidar algún detalle, empezó su relato:

—Lo agarraron...

La cara de Nikolái se estremeció.

—¿Cómo ha sido?

La madre detuvo su pregunta con un ademán y prosiguió, como si tuviera delante a la justicia y fuera a presentarle una demanda por el suplicio de aquel hombre. Nikolái, recostado contra el respaldo de la silla se había puesto pálido y, mordiéndose los labios, escuchaba.

Lentamente se quitó las gafas, las dejó sobre la mesa y se pasó la mano por la cara, como si quisiera apartar una telaraña invisible. Sus facciones se habían vuelto más agudas, sus pómulos sobresalían de un modo extraño y le temblaban las aletas de la nariz.

Era la primera vez que la madre lo veía así, y se asustó un poco.

Cuando ella terminó, él se levantó, dio algunos pasos en silencio por el cuarto, con las manos metidas en los bolsillos. Después, murmuró entre dientes:

—Es un hombre duro. Pero sufrirá en la cárcel; no está hecha para seres como él.

Hundía cada vez más las manos en los bolsillos, tratando de contener su emoción; pero, no obstante, la madre la percibía, se la transmitía él. Sus ojos se habían vuelto estrechos como hojitas de navaja. Paseando de nuevo por la habitación, dijo con frialdad y cólera:

—Mire qué cosa tan horrible. Un puñado de imbéciles golpean, ahogan, aplastan para defender su funesto dominio sobre el pueblo. El salvajismo aumenta, y la crueldad se convierte en la ley de la existencia. ¡Reflexione! Unos hieren y se desbordan como fieras, seguros de la impunidad; están poseídos por una voluptuosa sed de torturar. Es la repugnante enfermedad de los esclavos, a los que se permite

manifestar sus instintos serviles y sus bestiales costumbres en toda su extensión. Los otros están envenenados por la venganza; otros, embrutecidos por los malos tratos, parecen ciegos y mudos. ¡Se ha pervertido a todo el pueblo!

Se detuvo y calló, apretando los dientes:

—Inconscientemente, todos se vuelven feroces en esta lucha feroz —dijo luego dulcemente.

Pero dominó su exaltación, recuperando casi enteramente la calma. Sus ojos brillantes, de sereno resplandor, miraron a la madre; sobre su rostro corrían lágrimas silenciosas.

—No tenemos tiempo que perder, Nílovna. Vamos, querida camarada, tranquilicémonos.

Sonriendo tristemente, se acercó a ella, e inclinándose, le preguntó, al tiempo que le estrechaba la mano:

—¿Dónde está su maleta?

—En la cocina.

—La casa está rodeada de espías; no conseguiríamos sacar de aquí tal cantidad de papeles sin que lo notasen. No sé dónde esconderlos, y creo que volverán esta noche. Así que, por más que nos cueste, vamos a quemarlo todo.

—¿El qué? —preguntó la madre.

—El contenido de la maleta.

Ella comprendió, y por grande que fuese su tristeza, el orgullo de haber cumplido bien su misión hizo subir a sus labios una sonrisa.

—En la maleta no hay nada, ni una hojita —dijo, y animándose gradualmente, se puso a contarle su encuentro con Chumakov.

Nikolái la escuchaba, al principio con inquietud y el entrecejo fruncido, después con asombro, y por último, admirado, exclamó interrumpiéndola:

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—¡Pero es maravilloso! Tiene usted una suerte asombrosa.

Le estrechó la mano y dijo dulcemente:

—No sabe cómo me conmueve su fe en el pueblo... En verdad, la quiero como a mi propia madre.

Sonriendo, ella lo siguió con mirada curiosa, tratando de comprender de dónde venían aquella claridad y viveza inusitadas.

—¡Es realmente magnífico! —dijo él, frotándose las manos, y con una ligera risa, añadió—: Verá usted, estos días he vivido extraordinariamente bien. Todo el tiempo lo he pasado con los obreros, leyéndoles, hablando con ellos, observando... Y en mi alma se ha acumulado algo tan asombrosamente puro, sano... ¡Qué buena gente, Nílovna! Me refiero a los obreros jóvenes; son fuertes, sensibles, con ansia de comprenderlo todo... Cuando uno los ve, piensa: ¡Rusia será la democracia más brillante de la tierra!

Y alzó la mano afirmativo, como prestando juramento; permaneció callado unos instantes, y prosiguió:

—Vivía encerrado, escribía y, en cierto modo, me he ido agriando; me he enmohecido entre el papeleo y las cifras. Casi un año de semejante vida es una monstruosidad. Porque yo estaba acostumbrado a vivir entre los trabajadores, y cuando me alejo de ellos no estoy a gusto, ya sabe; tengo que hacer un gran esfuerzo para arrastrar esta vida. Ahora, otra vez puedo vivir libremente, podré verlos y ocuparme de ellos. ¿Comprende? Estaré cerca de la cuna del nuevo pensamiento, al lado de la juventud, de la energía creadora. Es asombrosamente simple, hermoso y excitante; uno se vuelve joven y fuerte, ¡se enriquece como ser humano!

Se sonrió, turbado y alegre, y su gozo inundó el corazón de la madre, que comprendía aquella alegría.

—Y además, ¡usted es una mujer extraordinaria! De qué vívida manera describe a la gente..., con qué claridad la ve...

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

Nicolái se sentó junto a ella; turbado, apartó el rostro radiante y se alisó los cabellos; pero pronto volvió los ojos hacia la madre, escuchando con avidez su relato sencillo, entusiasta y lleno de claridad.

—¡Qué admirable intuición! —dijo—. Tenía usted todas las posibilidades de ir a parar a la cárcel... y de pronto... Sí, se percibe que el campesino despierta..., lo que es natural, por otra parte. A esa mujer puedo verla perfectamente. Nos hace falta gente que se ocupe del campo, en exclusiva. ¡Gente! No tenemos bastante... La vida exige cientos de brazos...

—Ahí tiene, si Pável saliera de la cárcel... ¡Y también Andriusha! —dijo la madre en voz queda.

Él la observó un instante y bajó la cabeza.

—Escuche, Nílovna: lo que le voy a decir es duro, pero, a pesar de todo, quiero que lo sepa; conozco bien a Pável, y estoy seguro de que no se escapará de la cárcel. Quiere ser juzgado. Necesita que lo juzguen, necesita mostrarse en toda su talla; no renunciará a esto. ¡Ni debe! Ya se escapará de Siberia.

La madre suspiró y respondió con dulzura:

—¡Qué le vamos a hacer! Él sabrá lo que es mejor...

—¡Hummm! —prosiguió Nicolái, luego de un instante, mirándola a través de sus lentes—. ¡Si ese mujik viniera pronto! Es menester escribir algo acerca de Ribin para distribuirlo por el campo. Esto no lo perjudicará, ya que ha obrado con tanta audacia. Voy a escribir hoy mismo y Liudmila lo imprimirá en seguida. Pero, ¿cómo hacer para que las hojas lleguen allá?

—Yo las llevaré.

—¡No, gracias! —replicó vivamente Nicolái—. Pero creo que Vesovchikov sería capaz, ¿no?

—¿Hay que hablarle?

—Sí, inténtelo. Y explíquele cómo debe hacerlo.

—¿Y qué haré yo?

—Oh, no se preocupe...

Se sentó a escribir. Mientras ella retiraba las cosas de la mesa, lo observaba y veía temblar la pluma en su mano según iba cubriendo el papel con filas negras de palabras. A veces, la piel del cuello se le estremecía, echaba la cabeza hacia atrás, cerrados los ojos, y le temblaba la barbilla. Aquello la inquietó.

—Bueno, ya está —dijo él, levantándose—. Escóndase este papel entre la ropa. Pero tenga usted en cuenta que, si vienen los gendarmes, la registrarán.

—Que se vayan al diablo —dijo ella tranquilamente.

Por la noche se presentó el doctor Iván Danílovich.

—¿Por qué las autoridades están, de pronto, tan inquietas? —dijo, paseando febrilmente por la habitación—. Siete registros esta noche... ¿Dónde está nuestro enfermo?

—Se ha marchado ayer —respondió Nikolái—. Hoy es sábado y ya comprenderás que no podía perder la sesión de lectura.

—Es una estupidez hacer eso, cuando se tiene la cabeza rota.

—Se lo dije, pero sin éxito.

—Tenía ganas de presumir un poco ante los camaradas —observó la madre—, de decirles «miren, yo ya he vertido mi sangre... ».

El doctor la miró, adoptó burlonamente un aire feroz y dijo, apretando los dientes:

—¡Oh, qué sanguinaria...!

— Bueno, Iván, tú ya no tienes nada que hacer aquí, y nosotros estamos esperando visitas. ¡Márchate! Nílovna, déle el papelito...

—¿Otro papel?

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—¡Aquí lo tienes! Toma y llévatelo a la imprenta.

—Lo llevaré. ¿Eso es todo?

—Sí... Hay un espía cerca de la puerta.

—Ya lo he visto. En la mía también. Bueno, pues hasta la vista, mujer feroz. Sepan, amigos que, en definitiva, la pelea del cementerio ha sido una cosa buena. Toda la ciudad habla de ella. Tu artículo era muy bueno y salió en el momento oportuno. Yo siempre lo he dicho: más vale una buena pelea que un mal arreglo...

—De acuerdo, vete.

—No eres muy amable. ¡Déme la mano, Nílovna!..., y el chiquillo, a pesar de todo, ha hecho una estupidez. ¿Sabes dónde vive?

Nikolái le dio la dirección.

—Mañana será mejor ir a verlo. Buen chico, ¿no?

—Muy bueno.

—Hay que contar con él, no es tonto —dijo el doctor ya saliendo—. Justamente de estos muchachos debe surgir la auténtica intelectualidad proletaria, los que nos sustituirán cuando nosotros nos vayamos a ese lugar donde, probablemente, ya no habrá lucha de clases.

—Te estás volviendo muy charlatán, Iván...

—Porque estoy de buen humor. ¿Así que esperas ir a la cárcel? Deseo que reposes bien allí.

—Gracias, pero no estoy cansado.

La madre escuchaba su conversación y le resultaba agradable aquella preocupación solícita por el obrero herido.

Después de acompañar al doctor hasta la puerta, Nikolái y la madre se sentaron a tomar té, en espera de los visitantes nocturnos, y empezaron a conversar

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

en voz baja. Nikolái estuvo largo rato hablando de los camaradas que vivían en el destierro, de los que se habían fugado y seguían trabajando con nombres falsos. Las paredes desnudas de la habitación devolvían el sonido ahogado de su voz, como si se asombraran y no creyesen aquellas historias de héroes modestos que, desinteresadamente, entregaban sus fuerzas en aras de la gran causa de la renovación del mundo. Una sombra tibia envolvía suavemente a la mujer, templándole el corazón con un sentimiento de amor por aquellos desconocidos que en su imaginación se resumían en un sólo ser gigantesco, dotado de valor y fuerza inagotables. Lenta, pero infatigablemente, aquel ser recorría la tierra, arrancando con sus manos, llenas de amor por su misión, la secular podredumbre de la mentira; descubriendo a los ojos de los hombres la sencilla y luminosa verdad de la vida. Y esta gran verdad que renacía, llamaba amistosamente hacia sí a todos los seres, sin distinción, prometiendo a todos por igual liberarlos de la envidia, el odio y la falsedad, esos tres monstruos que esclavizaban y aterrorizaban la tierra con su cínico poder...

Aquella visión despertaba en el corazón de la madre un sentimiento parecido al que solía experimentar en otros tiempos, cuando se ponía de rodillas ante los iconos para terminar, con una oración de agradecimiento, una jornada que, a su parecer, había sido menos penosa que otras de su vida. Ahora se olvidaba de aquellos días y el sentimiento que le inspiraban se hacía más amplio, luminoso y alegre, crecía más hondo en el interior de su alma y, lleno de vida, se encendía con resplandor cada vez mayor.

—Los gendarmes no vienen —comentó Nikolái, interrumpiendo de pronto su relato.

La madre lo miró y, luego de un silencio, respondió con disgusto:

—Bueno, que se vayan al diablo.

—Desde luego. Pero es hora de que se acueste, Nílovna, debe estar terriblemente cansada. Tiene una resistencia increíble, hay que reconocerlo. ¡Cuántas emociones e inquietudes soporta usted sin esfuerzo! Pero el pelo se le va poniendo blanco con rapidez. Bueno, váyase a descansar...

## CAPÍTULO 20

A la madre la despertó el ruido de unos recios golpes en la puerta de la cocina. Llamaban sin cesar, con paciente tenacidad. Aún estaba oscuro, y en el silencio, aquel obstinado repiqueteo producía inquietud. Se vistió apresuradamente, corrió a la cocina y preguntó sin abrir:

—¿Quién es?

—Yo —contestó una voz desconocida.

—¿Quién?

—Abra —rogó una voz baja y suplicante.

La madre descorrió el cerrojo y empujó la puerta con el pie; entró Ignat, exclamando gozoso:

—¡No me equivocaba! —dijo aliviado.

Estaba cubierto de barro hasta la cintura, su rostro era gris, tenía profundas ojeras y bajo el gorro, sus rizados cabellos escapaban en desorden.

—Ha ocurrido una desgracia allí—murmuró, cerrando la puerta.

—Ya lo sé.

El la miró atónito:

—¿Cómo lo ha sabido?

Ella le hizo un breve relato de lo que había visto.

—¿Y han detenido a los otros dos? ¿A tus camaradas?

— No estaban allí; habían ido a presentarse a la caja de reclutas. Atraparon a cinco, entre ellos al tío Mijaíl..

Resopló, y dijo sonriendo:

— Y yo me escapé. Deben andar buscándome.

—Pero, ¿cómo has escapado?

La puerta de la habitación se entreabrió suavemente.

—¿Yo? —dijo Ignat, sentándose en un banco y mirando en torno—. Un minuto antes que los gendarmes, vino el guarda forestal, que llegó corriendo y llamó a la ventana: «Cuidado, muchachos, vienen a buscarlos... »

Ignat esbozó una sonrisa, se limpió la cara con el faldón del caftán y continuó:

—¡Al tío Mijaíl no lo atontas ni aunque le des un martillazo en la cabeza! En seguida me dijo: Ignat, vete a la ciudad, ¡rápido! ¿Te acuerdas de aquella mujer de edad? Y ya estaba escribiendo una nota. ¡Toma, vete! Yo iba a rastras por entre los matorrales; escucho: ¡vienen! Eran muchos, salían de todas partes, los malditos. Formaron un cerco alrededor de la fábrica. Yo estaba echado entre unos arbustos ¡pasaron de largo! Entonces me levanté y... ¡dale a andar y andar! Dos noches y un día entero estuve andando sin parar.

Se veía que se sentía satisfecho de sí mismo; una sonrisa iluminaba sus oscuros ojos, y sus gruesos labios rojos temblaban.

— Ahora mismo te voy a dar té —dijo vivamente la madre, dirigiéndose al samovar.

— Pero tome usted la notita...

Levantó trabajosamente una pierna, vacilando y quejándose, y puso el pie en el banco.

En el umbral apareció Nikolái.

—¡Salud, camarada! —dijo pestañeando—. Permítame, le ayudaré.

E inclinándose, se puso rápidamente a desenrollar el sucio lienzo.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—Bueno... —dijo suavemente el muchacho, sosteniendo su pierna, y miró a la madre, asombrado.

Ella, sin reparar en la mirada, dijo:

—Hay que friccionarle los pies con vodka.

—Por supuesto —respondió Nikolái.

Ignat resoplaba, confuso.

Nikolái encontró la esquila, la estiró y, acercándose a la cara el arrugado papel gris, leyó:

—«Madre, no abandones la causa; dile a la gran dama que no la olvide tampoco y que sigan escribiendo sobre nosotros, si hacen el favor. Adiós. Ribin. »

Lentamente dejó caer Nikolái la mano que sostenía la esquila y exclamó a media voz:

—Es magnífico...

Ignat los miraba, removiendo los sucios dedos de su pie descalzo. La madre, ocultando su rostro bañado en lágrimas, se acercó a él con una palangana con agua, se sentó en el suelo y tendió la mano hacia aquella pierna, pero él la escondió rápidamente bajo el banco, asustado:

—¿Qué quiere hacer?

—Dame tu pie.

—Traeré el alcohol —dijo Nikolái.

El joven disimuló aún más el pie bajo el asiento, y masculló:

—¿Qué cosas tiene! ¿Es que estamos acaso en un hospital?

Entonces, la madre se puso a deshacer las tiras de lienzo de la otra pierna.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

Ignat volvió a resollar ruidosamente, y con un torpe movimiento del cuello, bajó sobre ella los ojos, estirando cómicamente los labios.

—¿Sabes —dijo Pelagueia con un temblor en la voz—, que le pegaron a Ribin?

—¡No! —replicó él aterrado.

—Sí. Ya lo habían molido a golpes cuando lo llevaron a Nikólskoie, y allí, el brigadier y el comisario volvieron a empezar, en la cara, y a puntapiés... Estaba cubierto de sangre.

—Sí, lo hacen muy bien —dijo el muchacho, frunciendo las cejas y con los hombros estremecidos—. Les tengo yo más miedo que al diablo. Y los mujiks, ¿no le pegaron?

—Uno solo, porque el comisario se lo ordenó. Pero los demás no hicieron nada, e incluso se interpusieron. «No hay que pegarle», decían...

— Sí... Parece que los mujiks empiezan a comprender dónde está cada uno y para qué.

—Algunos tienen sentido común.

—¿Y dónde no hay gentes con sentido común? Claro que las hay... Por todas partes, pero es difícil encontrarlos.

Nikolái trajo una botella con alcohol, echó unos carbones en el samovar y salió sin decir nada. Después de haberle seguido con ojos de curiosidad, Ignat preguntó a la madre en voz baja:

—El dueño, ¿es médico?

—En nuestra causa no hay dueños; sólo hay camaradas.

—No puedo creerlo —dijo él con sonrisa perpleja e incrédula.

—¿El qué?

— Es un decir... En un extremo, te pegan en la cara; en el otro, te lavan los pies, y en el medio, ¿qué hay?

Se abrió la puerta de par en par y Nikolái, parado en el umbral, respondió:

— En el medio están los que lamen las manos de los que pegan en la cara, y chupan la sangre de quienes son golpeados. ¡Ese es el medio!

Ignat lo miró con respeto y dijo, tras una breve pausa:

—Es la verdad.

Se levantó, apoyándose con fuerza tanto sobre un pie como sobre el otro, y dijo:

—¡Me han quedado como nuevos! Gracias.

Fueron a tomar el té al comedor, e Ignat contó muy serio:

— Yo era el que repartía el periódico, tengo muy buenas piernas.

—¿Lo lee mucha gente? —preguntó Nikolái.

—Todos los que saben leer, y hasta los ricos. Claro que a éstos no se los damos nosotros. Pero comprenden que los campesinos se llevarán con ríos de su sangre la tierra que pisan los señores y los ricachos; por tanto, ellos mismos serán los que la repartan, y la repartirán de modo que no haya más ni amos ni criados, por supuesto. ¡Para qué luchar, si no es por esto!

Incluso parecía como ofendido y miraba interrogante a Nikolái, con desconfianza. Nikolái sonreía en silencio.

—Y si hoy se combate en el mundo entero, y se vence, quiero saber si todo volverá a empezar, ¡que uno sea rico y otro pobre... no, gracias! La riqueza es como la arena, nunca se queda en su sitio; correrá de nuevo por todas partes. ¡De qué serviría nada, entonces!

—No te enfades —dijo bromeando la madre.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

Nikolái murmuró pensativo:

—¿Cómo podríamos enviar allí, lo antes posible, una nota sobre la detención de Ribin?

Las orejas de Ignat se enderezaron:

—¿Hay un escrito?

—Sí.

—Démelo; yo lo llevaré —propuso Ignat, frotándose las manos.

La madre rió dulcemente, sin mirarlo:

—¿No has dicho que estás cansado, y que tienes miedo?

Ignat pasó su ancha mano por los rizados cabellos y respondió en tono grave y tranquilo:

—¡El miedo es el miedo y la causa es la causa! ¿De qué se ríen? ¡Vaya con ustedes...!

—Hijo... —exclamó ella involuntariamente, dejándose llevar por el júbilo que la dominaba. El sonrió avergonzado:

—¡Vaya, ahora soy un niño!

Nikolái, que lo examinaba con sus ojos parpadeantes y benévolos, dijo:

—No volverá usted allí.

—¿Entonces? ¿Donde iré? —preguntó Ignat, inquieto.

—Irá otro en su lugar; usted le explicará detalladamente lo que debe hacer, ¿de acuerdo?

—Bueno... —respondió el joven con disgusto, tras un instante de vacilación.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—A usted le procuraremos una carta de identidad y lo colocaremos como guarda forestal.

El muchacho movió la cabeza con rapidez y preguntó intranquilo:

—Y si los mujiks vienen a recoger madera o lo que sea, ¿qué haré yo? ¿Detenerlos? No me va.

La madre se echó a reír y Nikolái también, lo cual de nuevo turbó y apesadumbró al joven.

—No se haga mala sangre —lo tranquilizó Nikolái—. No tendrá que detener a ningún campesino, se lo aseguro.

—Eso ya es diferente —dijo Ignat, y sonrió contento y más sereno—. A mí me gustaría ir a la fábrica; parece que allí hay muy buena gente.

La madre se levantó de la mesa y miró por la ventana.

—¡Cómo es la vida! —dijo pensativamente— Cinco veces al día se ríe y otras tantas se llora. Bueno, ¿has terminado, Ignat? Vete a dormir.

—No quiero.

— Anda, anda...

—¡Qué dura es usted! Bueno, iré... Gracias por el té y por la cura...

Se echó en la cama de la madre y murmuró, rascándose la cabeza:

— Ahora, aquí todo les va a oler a alquitrán... ¡Hace usted mal! Si yo no tengo sueño... ¡Qué bien dicho eso de los del medio!, ¿eh...? ¡Diablo de tipo!

Y bruscamente, con un sonoro ronquido, se durmió, levantadas las cejas y entreabierta la boca.

## CAPÍTULO 21

Aquella misma tarde, se hallaba Ignat sentado en un sótano, frente a Vesovchikov, y en voz baja, fruncido el entrecejo, le decía:

—Cuatro veces, en la ventana del centro.

—¿Cuatro? —repetía atentamente Vesovchikov.

—Primero tres, así...

Y doblando un dedo golpeó la mesa, contando:

—Uno, dos, tres... Y luego, otro golpe, después de esperar un poco.

—Bien.

—Abrirá un tipo pelirrojo que preguntará: «¿Es por la comadrona?» Usted le dirá: «Sí, de parte del patrón.» Basta, con eso comprende.

Inclinaban la cabeza cada uno hacia el otro, serenos, firmes, y hablaban conteniendo la voz. Cruzados los brazos, la madre los miraba, de pie junto a la mesa.

Aquellos golpes misteriosos, las preguntas y respuestas convenidas la hacían sonreír para sus adentros:

«Siguen siendo niños...», pensaba.

En la pared ardía una lámpara, iluminando las oscuras manchas de humedad y las ilustraciones recortadas de las revistas. En el suelo había cubos abollados, trozos de planchas de tejado. Un olor a óxido, a pintura de aceite, a humedad, llenaba el cuarto.

Ignat llevaba un grueso abrigo de paño peludo, que le gustaba mucho. La

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

madre veía cómo acariciaba con amor una de las mangas, volviendo con esfuerzo el fuerte cuello para mirarse. Y un pensamiento golpeaba suavemente su corazón de la madre:

«Como hijos, como hijos queridos...»

—Bueno —dijo Ignat, levantándose—. A ver si se acuerda: primero, a casa de Murátov, preguntar por el abuelo...

—Me acordaré —dijo Vesovchikov.

Pero Ignat, por lo visto, no quedó muy convencido y volvió a repetirle todos los golpes que había de dar, todas las palabras y consignas; por último, le tendió la mano:

—Salúdelos de mi parte. Es buena gente, ya verá...

Se miró con aire satisfecho, acarició su abrigo y preguntó a la madre:

—¿Puedo irme?

—¿Encontrarás el camino?

—Pues claro... ¡Hasta la vista, camaradas!

Y se fue, levantando los hombros, sacando el pecho, el gorro nuevo ladeado sobre una oreja, metidas las manos en los bolsillos. Sobre las sienes le temblaban alegres unos rizos claros.

—Bueno, pues otra vez tengo trabajo... —dijo Vesovchikov acercándose afectuosamente a la madre—, ya me aburría. Me preguntaba: ¿para qué me habré escapado de la cárcel? No hago más que esconderme. Mientras que allí, aprendía. ¡Pável nos apretaba los sesos que era un contento! ¿Y qué, Nílovna? ¿Qué han decidido de la evasión?

—No lo sé —respondió ella con un involuntario suspiro.

Él le puso una mano en el hombro y acercó su cara a la de Pelagueia:

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—Explícaselos y te oirán, es muy fácil. Tú misma puedes verlo, está el muro de la cárcel y al lado hay un farol. Enfrente un terreno baldío, a la izquierda el cementerio, a la derecha la calle y la ciudad. Un farolero va a limpiar el farol en pleno día; coloca la escalera junto al muro, sube, sujeta en el borde del muro los ganchos de una escala de cuerda, la deja caer en el interior del patio... ¡y en marcha! Allí, en la cárcel, saben la hora en que se va a hacer esto; se pide a los presos de delitos comunes que armen jaleo, o lo arma uno mismo; entretanto, los designados suben por la escala al muro... una, dos, tres... ¡y listo!

Agitaba la mano bajo la nariz de la madre, exponiéndole el plan. Según él, todo debía hacerse claramente, con limpieza y maña. Ella recordaba al antiguo Vesovchikov, lento y torpe. En otro tiempo, sus ojos miraban con desconfianza, con una expresión sombría y colérica; ahora, parecía que los hubiesen cambiado. Brillaban con una limpidez cálida y serena, que convencía y turbaba a la madre.

—Piénsalo, debe ser de día. De día. ¿A quién va a ocurrírsele que un preso se atreva a escaparse de día, a los ojos de toda la cárcel?

—¿Y si lo matan a balazos? —dijo la madre, con un escalofrío.

—¿Quién? Allí no hay soldados, y los vigilantes utilizan el revólver para clavar clavos.

—Me parece demasiado sencillo todo eso.

—Pues ya verás que es verdad. Háblales, yo tengo todo preparado: la escala de cuerda, los ganchos..., y el camarada que me tiene en su casa hará de farolero.

Alguien se movió y tosió al otro lado de la puerta. Se oyó un ruido de metal.

—Ahí lo tienes —dijo Vesovchikov.

En el marco de la puerta apareció una bañera de zinc. Una voz bronca gruñó:

—¿Quieres entrar, demonio...?

Luego apareció una cabeza redonda y canosa, sin gorro, con ojos saltones, bigotes y expresión bonachona.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

Vesovchikov ayudó a entrar la bañera; un hombre alto y encorvado cruzó el umbral, tosió hinchando las rasuradas mejillas, escupió y dijo con voz cavernosa:

—¡Salud!

—Aquí lo tienes, pregúntale —dijo Nikolái.

—¿A mí? ¿Sobre qué?

— Sobre lo de la fuga...

—¡Ah, ah! —dijo secándose el bigote con sus negras manos.

—Mira, Yákov Vasílievich, ella no cree que sea tan sencillo...

—¡Ah!, ¿no lo cree? Porque no quiere. Pero nosotros sí queremos, y por eso creemos —dijo tranquilamente, y de pronto, se dobló y empezó a toser en un largo ataque. En pie, en medio de la habitación, se frotó el pecho, jadeando, y miró a la madre con ojos dilatados.

—Son Pável y sus camaradas quienes tienen que decidirlo —dijo Pelagueia.

Vesovchikov inclinó la cabeza, pensativo.

—¿Quién es ese Pável? —preguntó el otro hombre, sentándose.

—Mi hijo.

—¿Y su apellido?

—Vlásov.

El otro movió la cabeza, sacó su petaca y su pipa y atiborró ésta, diciendo con voz entrecortada:

—Ya he oído ese nombre. Mi sobrino lo conoce. Mi sobrino está también en la cárcel. Evchenko, ¿lo conoce usted? Y mi apellido es Gobún. Pronto van a meter a todos los jóvenes en la cárcel, y entonces... ¡los viejos vamos a estar a nuestras

anchas! El jefe de los gendarmes me promete mandar a mi sobrino a Siberia. Y lo hará como lo dice, el cerdo.

Después de encender la pipa, se dirigió a Nikolái, escupiendo con frecuencia en el suelo.

—¿Así que ella no quiere? —continuó dirigiéndose a Vesovchikov—. Es asunto suyo. Uno es libre: si te cansas de estar sentado, anda; ¿que no quieres andar?, quédate sentado. ¿Te han robado?, cállate. ¿Te pegan?, resígnate. ¿Te matan?, quédate como estás. Ya sé todo eso... Pero a Savka, yo lo saco. ¡Lo sacaré!

Sus frases, breves como ladridos, llenaron de perplejidad a la madre, pero sus últimas palabras excitaron su envidia.

Por la callejuela, caminando contra la lluvia que empujaba un viento frío, pensó en Vesovchikov:

«¡Cuando pienso en cómo se ha transformado!»

Y al recordar a Gobún, meditó, casi piadosamente:

«Al parecer, no soy la única que revive», se dijo casi piadosamente.

Luego, la imagen de su hijo se alzó en su corazón:

«Si él consintiera... »

## CAPÍTULO 22

El domingo siguiente, al despedirse de Pável en el locutorio de la cárcel, sintió en su mano una bolita de papel. Estremeciéndose, como si se hubiera quemado la piel de la mano, miró al hijo con expresión suplicante e interrogadora, pero no encontró respuesta. Sus ojos azules tenían, como de costumbre, la sonrisa tranquila y firme que ella tan bien conocía.

—¡Adiós! —dijo la madre suspirando.

El le tendió otra vez la mano, mientras que una oleada de ternura pasaba temblorosa sobre su rostro:

—¡Adiós, madre!

Ella esperó, sin soltarle la mano.

—No te inquietes, no te enfades... —dijo él.

Aquellas palabras y el pliegue obstinado de la frente le dieron la respuesta.

—¿Por qué dices eso? —murmuró ella, bajando la cabeza—. No vale la pena pensar en eso...

Salió precipitadamente, sin mirarlo, para que las lágrimas y el temblor de sus labios no traicionasen su emoción. Por el camino, le pareció que las articulaciones de la mano que llevaba, apretada, la contestación del hijo, le dolían, y que todo el brazo pesaba como si hubiese recibido un golpe en el hombro. Ya en casa, luego de poner en manos de Nikolái la esquila, quedó de pie ante él, y mientras esperaba a que terminase de desenrollar el papel comprimido, la esperanza palpitó de nuevo en ella.

Pero Nikolái le dijo:

—Está claro. Mire lo que escribe: «No nos evadiremos, camaradas, no podemos hacerlo. Ninguno de nosotros. Perderíamos nuestra propia estimación. Ocupense del campesino recién apresado. Merece su solicitud y es digno de sus

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

esfuerzos. Aquí sufre demasiado. Diariamente tiene choques con las autoridades. Ha pasado ya veinticuatro horas en la celda de castigo. Lo van a atormentar hasta matarlo. Todos intercedemos por él. Consuelen a mi madre, sean cariñosos con ella. Explíquenselo y ella comprenderá todo.»

La madre levantó la cabeza y dijo con voz baja y temblorosa:

—¿Explicarme, qué? ¡Yo lo comprendo!

Nicolái se dio vuelta de súbito, sacó el pañuelo del bolsillo y se sonó ruidosamente, murmurando:

—Creo que me he acatarrado...

Después se tapó los ojos con las manos, para poner los lentes en su sitio y continuó, paseando por el cuarto:

—Bien, de todos modos no hubiéramos tenido tiempo...

—No importa. Que sea juzgado —dijo la madre, arrugando la frente, pero el pecho se le iba llenando de una angustia húmeda, nebulosa.

—He recibido carta de un camarada de Petersburgo.

—Podrá escapar de Siberia, ¿no es cierto? ¿Es posible?

—Desde luego. Este camarada me dice: «La causa se verá pronto y el veredicto ya lo conocemos: deportación para todos. Estos bribones van a convertir su juicio en una vulgarísima comedia. Comprenda usted: el fallo se dicta en Petersburgo, antes de celebrarse el juicio...

—¡Déjelo, Nikolái Ivánovich! —dijo resueltamente la madre—. No es preciso tranquilizarme ni explicarme. Pável no hará nada malo, no se atormentará en vano a sí mismo ni atormentará a los demás. Y a mí me quiere, ¡sí! ¿Ve usted?, piensa en mí. Ha escrito: explíquenle, consuélenla, ¿eh...?

Su corazón latía precipitadamente, y la emoción la mareaba.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—Su hijo es un hombre admirable — exclamó Nikolái con una extraña resonancia —. Yo siento por él un gran aprecio.

—¡Mire, Nikolái Ivánovich, pensemos algo con respecto a Ribin! —propuso la madre.

Ella hubiera querido poner manos a la obra inmediatamente, ir a alguna parte, caminar hasta el agotamiento.

—Sí, así es —contestó Nikolái, paseando por la habitación—. Sería necesario ver a Sáshenka...

—Va a venir. Siempre viene los días que visito a Pável.

Gacha la cabeza, pensativo, mordiéndose los labios y retorciéndose la barbita, Nikolái se sentó en el diván, junto a la madre.

—Lástima que no esté aquí mi hermana...

—Si pudiéramos organizarlo todo mientras Pável está todavía aquí..., se pondría muy contento.

Callaron por un instante, y de pronto, la madre dijo en voz baja y con lentitud:

— No comprendo por qué no quiere...

Nikolái se levantó de pie bruscamente, pero se oyó una llamada.

La madre y él se miraron.

— Será Sáshenka... —dijo muy quedo Nicolás.

—¿Cómo vamos a decírselo? —preguntó la madre en el mismo tono.

—Es difícil...

—Me da pena.

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

Se repitió el timbrazo, menos fuerte, como si la persona que estaba tras la puerta no se decidiera. Nikolái y la madre se levantaron y fueron a abrir al mismo tiempo, pero, al llegar a la puerta de la cocina, Nikolái, haciéndose a un lado, indicó:

—Vale más que sea usted.

— Qué, no está de acuerdo, ¿verdad? —preguntó con firmeza la muchacha, en cuanto la madre abrió.

—No.

—Lo esperaba —dijo sencillamente Sáshenka, pero su rostro palideció. Se desabrochó el abrigo, abrochó de nuevo dos botones, quiso quitárselo y no pudo.

Entonces dijo:

—Llueve, hace viento..., un tiempo espantoso. ¿El está bien?

—Sí.

—Contento y en buena salud —repitió quedo Sáshenka, mirándose una mano.

— Escribe que hay que libertar a Ribin —le comunicó la madre, sin mirarla.

—¿Sí? Creo que podemos utilizar el mismo plan... —articuló lentamente la joven.

—También yo lo pienso así —dijo Nikolái, apareciendo en el umbral de la puerta—. ¡Buenos días, Sáshenka!

La joven le tendió la mano e inquirió:

— Entonces, ¿a qué se espera? Todos reconocen que el plan era bueno.

—Pero, ¿quién va a organizarlo? Todo el mundo está ocupado.

—¡Encárguenme a mí de eso! —dijo ella vivamente—. Yo tengo tiempo.

—¡De acuerdo! Pero habrá que preguntárselo a otros.

— Bien, ¡yo les preguntaré! Ahora mismo voy...

Y de nuevo empezó a abrocharse el abrigo con movimientos seguros de sus finos dedos.

—Debería descansar —propuso la madre.

Ella sonrió débilmente y respondió dulcificando el acento:

—No se preocupe, no estoy cansada.

Le estrechó la mano en silencio y salió, fría y severa de nuevo.

La madre y Nikolái se acercaron a la ventana; estuvieron viendo cómo la muchacha atravesaba el patio y desaparecía tras la puerta.

Nikolái empezó a silbar suavemente; luego se sentó a la mesa y comenzó a escribir.

—Ocuparse de este asunto la aliviará —dijo pensativa la madre.

—Claro está —replicó Nikolái, y volviéndose hacia ella, iluminado el bondadoso rostro por una sonrisa, le preguntó: —Usted, Nílovna. ¿no ha apurado ese cáliz, no ha conocido usted la añorante tristeza por el ser amado?

—¡Qué ocurrencia! —exclamó ella con un gesto de la mano—. ¿Qué pena podía yo tener? Lo que tenía era miedo de que me obligaran a casarme.

—¿Es que no le gustaba nadie?

Ella reflexionó un poco y respondió:

—No me acuerdo, querido amigo. Desde luego, sí... Seguramente habría alguien, pero no consigo recordarlo.

Lo miró sencillamente, con una tristeza serena, y concluyó:

—Mi marido me pegaba, y todo lo que hubo antes que él, se ha borrado de mi memoria.

Él se volvió hacia la mesa, y ella salió de la habitación un momento; cuando volvió, Nikolái le dijo con mirada afectuosa, acariciando sus recuerdos con palabras tiernas y cálidas:

— Pues yo también, ¿sabe usted?, he tenido, como Sáshenka, una historia de amor. Amaba a una muchacha, una criatura ideal, maravillosa. Tenía yo veinte años cuando la conocí, y para ser sincero, la amo aún. Y la querré siempre igual, con toda mi alma y mi agradecimiento..., para siempre.

De pie, a su lado, la madre vio iluminarse sus ojos con una llama ardiente y clara. Apoyaba la cabeza en las manos, colocadas en el respaldo de la silla, y miraba a lo lejos. Todo su cuerpo, delgado, esbelto, pero robusto, parecía tenderse hacia adelante, como un tallo crece en dirección del sol.

—Pues entonces, cásese —aconsejó la madre.

—Hace cinco años que ella está casada.

—¿Y por qué no lo hizo usted antes?

El meditó un momento y contestó:

— Verá usted, no nos salían bien las cosas: cuando yo estaba en la cárcel, ella estaba en libertad, y cuando yo me encontraba libre, ella estaba en la cárcel o en el destierro. Aquella situación era muy parecida a la de Sáshenka, se lo aseguro. Por último, la enviaron a Siberia por diez años, ¡terriblemente lejos! Yo, hasta quise seguirla allá. Pero a los dos nos dio vergüenza. Allí encontró a otro hombre, camarada y amigo mío, un joven excelente. Luego se escaparon juntos y ahora viven en el extranjero.

Se detuvo, quitándose los lentes, los limpió, miró los cristales al trasluz y empezó a limpiarlos de nuevo.

—¡Ay, querido mío! — exclamó cariñosamente la madre, moviendo la cabeza. Le daba lástima y, al propio tiempo, había algo en él que la obligaba a sonreír con una sonrisa cálida y maternal. Él cambió de postura, tomó otra vez la pluma y, moviéndola al compás de sus palabras, dijo:

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

—La vida de familia disminuye, forzosamente, la energía del revolucionario. Los hijos, la falta de recursos, la necesidad de trabajar mucho para ganar el pan... Y un revolucionario necesita desplegar su energía en todos los sentidos. Así nos lo exige la época en que vivimos; debemos estar siempre en primera línea, porque nosotros, los obreros, somos los artífices destinados por la fuerza de la historia, para destruir el viejo mundo y crear la nueva vida. Si nos quedamos atrás, si sucumbimos a la fatiga o al atractivo de la inmediata facilidad de una pequeña conquista, obramos mal, es casi una traición. No hay nadie a cuyo paso podamos marchar sin alterar nuestra fe, y no debemos olvidar jamás que nuestra tarea no consiste en pequeñas conquistas, sino en la victoria total.

Su voz era firme, el rostro se le había puesto pálido y en sus ojos ardía, contenida e igual, la fuerza de costumbre. De nuevo se oyó una llamada recia que interrumpió el discurso de Nikolái. Era Liudmila, que llegaba envuelta en un abrigo ligero, impropio de la estación, y con las mejillas rojas de frío. Mientras se quitaba los chanclos rotos, dijo con tono de enfado:

—Se ha fijado la fecha del juicio: dentro de ocho días.

—¿De veras? — gritó Nikolái desde su cuarto.

Fue la madre presurosa hacia él, sin saber si la emocionaba la alegría o el temor. Liudmila iba a su lado, diciendo con ironía y voz profunda:

— Es cierto. En la audiencia se declara abiertamente que el veredicto ya ha sido dictado. ¿Qué significa esto? ¿Teme el gobierno que los funcionarios traten a sus enemigos con blandura? Después de haber pervertido a sus servidores, con tanto celo y durante tanto tiempo, ¿no está seguro de que estén dispuestos a ser unos canallas...?

Se sentó en el diván, frotándose las flacas mejillas. Sus ojos oscuros se iluminaron de desprecio y su voz se hacía cada vez más colérica:

—No gaste usted pólvora en salvas, Liudmila—dijo Nikolái para tranquilizarla—. De todos modos, ellos no la van a oír...

La madre escuchaba con toda atención a la muchacha, no comprendía nada. Maquinalmente, se repetía las mismas palabras:

## LA MADRE – MÁXIMO GORKI

---

«Los juzgarán... dentro de ocho días será el juicio.»

De pronto, sintió que se aproximaba algo despiadado, de un rigor inhumano.